

Maestro de la eternidad

Conmemoramos 120 años del natalicio de Martín Dihigo

JORGE ERNESTO
ANGULO LEIVA

En la película estadounidense *La temporada ganadora* (John Kent Harrison, 2004) un joven viaja varias décadas atrás y conoce a una leyenda del béisbol a inicios del siglo xx, el holandés volador Honus Wagner, y a su mítico rival Ty Cobb.

Asimismo, desearía una máquina para sentarme en tantos estadios de tantas épocas. Primero, elegiría una ciudad y una fecha cuando Martín Dihigo lanzara, bateara y quizás hasta dirigiera, con los Leopardos de Santa Clara, las Águilas de Veracruz, o en las Ligas Negras.

Falleció en Cruces, Cienfuegos, a cinco días de los 65 años, el 20 de mayo de 1971, pero en otra dimensión permanecerá siempre. La eternidad no reside en extender la vida, efímera como un jonrón, sino en las horas capaces de abolir el tiempo, como sentirían los afortunados asistentes a sus juegos. Bien merecía el título de «El Inmortal».

Hijo y heredero de la historia de opresiones y rendiciones de Cuba, nació el 25 de mayo de 1906 en el ingenio matancero Jesús María, donde sus abuelos sufrieron la esclavitud. Su esposa era llamada «África», una especie de pacto con sus raíces, y su padre peleó en el Ejército Libertador, apunta el estudioso Félix Julio Alfonso López.

Mucho le debemos la conservación del Palmar de Junco, pues en 1933 lideró una recolección de fondos para restaurarlo tras un ciclón; también logró que las instituciones estatales adquirieran la propiedad del terreno y así impedir una eventual demolición con otros fines.

Miembro de la fraternidad abakuá y hermano maorón, lector apasionado de las *Crónicas de la guerra*



Martín Dihigo encontró gran disfrute en enseñar a los niños, incluido su propio hijo. FOTO: ARCHIVO DE FÉLIX JULIO ALFONSO LÓPEZ

escritas por José Miró Argenter, «El Maestro» ofreció su dinero y su bondad para ayudar en México, a lo largo de varias semanas, a los futuros expedicionarios del yate Granma.

Tras su regreso, a propósito de la victoria de 1959 –demasiado grande para caber en un estadio–, decidió enseñar a los niños que soñaban emular su forma de perpetuidad, aportó a la fundación de la Liga Azucarera, comentó acerca de su deporte en la radio y en el diario Hoy.

Tal vez, solo su humildad y su clase humana superaban su tamaño de pelotero. Con los Leopardos de la temporada 1935-1936 venció como mánager, además de comandar el torneo en promedio ofensivo (.358), anotadas, jits, triples e impulsadas. Desde la lomita tuvo el mejor balance, completó 13 desafíos, ganó 11 y propinó cuatro lechadas.

Pocas personas contribuyeron tanto a consolidar las relaciones de amistad entre la Mayor de las Antillas y México, según me contó el investigador Bernardo García Díaz, pues recibieron a Dihigo en el Puerto de Veracruz miles de aficionados, con orquesta incluida.

El beisbolista respondió holgadamente a ese afecto y estampó campañas de otro planeta, sobre todo la de 1938, cuando conquistó la corona de bateo con .387. Como lanzador dominó el renglón de triunfos y reveses (18-2), el porcentaje de limpias (0,90) y los ponches, 184. En la final trabajó los 27 innings de tres encuentros, en los cuales sonrió.

Durante su paso por las Ligas Negras tres veces resultó líder en cuadrangulares y alcanzó averages por encima de .400. Su nombre aparece en los Salones de la Fama cubano, mexicano y estadounidense, además de iluminar con su inextinguible estrella otras latitudes.

En la actualidad muchos se apresuran en calificar a Shohei Ohtani el más grande de la historia, y existen argumentos para ello, pero me sumo a la opinión de Buck Leonard, otro imprescindible del diamante: «Él fue el mejor de todos los tiempos, blanco o negro. Ustedes escojan a Ruth, Cobb y DiMaggio, que yo me quedo con Dihigo».

El cuento de Silyan: el anciano, la cigüeña y las raíces

El documental macedonio de Tamara Kotevska pondera el valor de la amistad, la resiliencia, el amor a la tierra y la importancia de que los agricultores no la abandonen

JULIO MARTÍNEZ MOLINA

Antes de estrenarse la que constituye una de las cintas más conocidas del subgénero, *Doctor Dolittle* (Richard Fleischer, 1967), ya el cine privilegiaba las historias de comunión afectiva entre seres humanos y animales. Piénsese en ese clásico europeo del drama que es *Umberto D* (Vittorio de Sica, 1952), y su sensible historia de Umberto Domenico, el jubilado sumido en la pobreza de la Italia posbélica, a quien redime de penas la compañía de su perro Flike.

Durante los años recientes se registra una saturación del tema, generadora de innumerables relatos audiovisuales –de ficción o documental– sobre curiosas relaciones entre personas y delfines, ballenas, canguros, monos, cerdos, caballos, pangolines, pelícanos, halcones, pingüinos o perros: estos últimos, principalmente, a través de esas insufribles películas estadounidenses de mascotas caninas.

Aunque parte de tal cine –permeado por su timbre melodramático, la manipulación emocional y un marcado



Imagen del filme de 2025.

propósito comercial– resulta en alto grado prescindible, sí existen títulos aislados, dignos de apreciarse. Dos de los más perdurables se sitúan dentro del terreno documental: *Mi maestro el pulpo* (Pippa Ehrlich y James Reed, 2020) y *El cuento de Silyan* (Tamara Kotevska, 2025).

Oscar al Mejor Filme Documental, el sudafricano *Mi maestro el pulpo* enfoca –subyugantemente– la singularísima conexión establecida entre un cineasta y un octópodo que habita en una comarca de algas al sur del continente ne-

gro, con el cual el realizador interacciona por considerable lapso de tiempo.

En tanto, el estrenado largometraje macedonio *El cuento de Silyan* representa una peculiar mezcla de drama humano con cine documental de corte social, signo antropológico y hálito fabular.

Pieza filmica documental contaminada a posta por la ficción, el trabajo de la macedonia Kotevska sitúa en su centro de atención a Nikola, un viejo campesino de la exrepública yugoslava, cuya agricultura en los tiempos actuales del

capitalismo se ve aniquilada por la falta total de atención por parte del Gobierno.

Los familiares del labriego Nikola emigran a Alemania, mientras el anciano permanece en su yerma y entristecida parcela, cerniéndose sobre él la soledad.

Este señor vive en Cusinovo, el municipio de Macedonia del Norte con mayor población de cigüeñas, donde casi hay un nido por cada tejado. Él encontrará una de esas aves salvajes con el ala rota. Para curarlas, los veterinarios locales no disponen de protocolos definidos. No obstante, Nikola busca la forma de restablecerla, descubre su comida favorita (las ranas) y se acostumbra a la presencia del animal, dentro de su casa o en el patio. Al pájaro le ocurrirá algo similar con el humano, al punto de que en el momento cuando Nikola lo incita a marchar, permanecerá en su hogar.

De la aproximación entre ambos surgen pasajes emotivamente poderosos, e instantes de gran belleza, recogidos con mucha precisión por la cámara de la realizadora de este cuento sobre el valor de la amistad, las

maneras de burlar la soledad, la resiliencia, el amor a la tierra y la necesidad de que sus cultores no emigren.

Esa matriz se perfila desde la introducción, al citarse la leyenda medieval de ese Silyan maldito por el padre, quien lo convierte en cigüeña por dejar sus campos e irse del país. Luego, al minuto 79, se retomará el hilo de la historia, para contarse cómo el mencionado joven de la fábula hará finalmente las paces con su progenitor, junto a quien labrará esa tierra que alguna vez no quiso cultivar.

Kotevska anuda (mediante un dispositivo poético puntualmente lacerado por las analogías forzadas: desacople que lastra el resultado final de la obra) ambos relatos, el ficticio y el real, a lo que yuxtapone la decisión de Nikola de no vender la tierra, seguir trabajando e invitar a los suyos de vuelta a Macedonia del Norte.

De similar modo a cómo hizo en su documental *Honeyland* (2019), la cineasta reflexiona aquí sobre la significación de las tradiciones, los tropiezos para continuar las costumbres ancestrales de los habitantes de ese país europeo en la actualidad, y las formas de vida en peligro de extinción allí por obra del capitalismo salvaje.